

Recuerdos de la muerte

Clarisa Duarte no recuerda nada de su padre: ni su voz, ni su rostro, ni sus caricias. Atesora, sin embargo, la única foto que tiene junto a él. Ella era entonces apenas una beba y su padre la sostiene con un brazo mientras abraza a su madre con el otro. El parecido de José Alfredo Duarte y su hija Clarisa es asombroso. Su madre, Susana, no puede dejar de ver en ella a su marido desaparecido. Clarisa sabe que nunca más podrá ver a su padre a los ojos porque lo secuestraron un primero de febrero de hace treinta años y nunca más se supo de él. Integra la triste nómina de 30 mil desaparecidos que dejó como saldo macabro la última dictadura militar. Carlos Gutiérrez transita su segundo mandato como concejal de la ciudad. Apasionado por la política, no suele exteriorizar sus sentimientos más allá del plano discursivo. Cinco años atrás, sin embargo, lloró como un niño en el recinto del Concejo Deliberante.

Fue cuando se conmemoraron 25 años del golpe militar del 24 de marzo de 1976 y él nombró uno por uno a los riocuartenses muertos y desaparecidos, muchos de los cuales fueron sus propios compañeros de militancia en los convulsionados años setenta.

Clarisa Duarte y Carlos Gutiérrez pertenecen a dos generaciones diferentes. Ella tenía 8 años cuando la Argentina recuperó la democracia. Él tenía 22 cuando lo metieron a la fuerza en el baúl de un viejo Falcon y lo trasladaron al infierno de la tortura y la represión. Clarisa vive con Marcelo Sachetto, que es apenas un año mayor que ella pero que sin duda es mucho más que un compañero: es su principal sostén afectivo. Ambos están siempre pendientes de Susana, la madre de Clarisa, que padece un cuadro de paranoia aguda desde que los militares se llevaron para siempre a su marido.

Carlos Gutiérrez fue detenido cuando su esposa estaba embarazada de mellizos. Cuando recuperó la libertad, sus hijos ya tenían cinco años. No pudo recomponer aquel matrimonio. Se volvió a casar y hoy malcría como puede a su hija de 11 años y acompaña al varón, de 14, en la difícil etapa de su adolescencia.

La historia de Clarisa es la historia de las víctimas inocentes de la dictadura militar, en las que prevalece el dolor sobre el odio, la sed de justicia sobre el deseo de venganza; la de Carlos es la historia de la militancia revolucionaria de los años setenta, de la "generación perdida" que pretendió ser borrada de la faz de la tierra por los sicarios del terrorismo de Estado.

A treinta años del golpe militar que instauró la tiranía más atroz que recuerde el país, el presente de Carlos Gutiérrez y Clarisa Duarte llaman a la ilusión: ambos viven con intensidad y son capaces de acariciar nuevos sueños.

VIVIR CON MIEDO

En un clima de creciente convulsión política y social, Gutiérrez siguió los pasos típicos de un riocuartense de pura cepa: Liceo Militar, Colegio Nacional, Universidad Nacional de Río Cuarto. Allí se anotó en la carrera de Ciencias Económicas y afianzó su militancia dentro del Peronismo de Base, que incluía tareas de extensión en los barrios. Pasó de la resistencia a la dictadura de Agustín Lanusse a la "primavera camporista", de la toma de la Universidad a la clandestinidad forzada en Córdoba. Todo era vértigo en aquellos días. Gutiérrez se casó en febrero de 1975 y a los pocos meses estaba "clandestino" en Córdoba capital. Después del golpe militar se mudó a San Luis, donde consiguió trabajo y se asentó con su mujer, que estaba embarazada de mellizos. Un día la patota del Tercer Cuerpo del Ejército, encabezada por el tristemente célebre "Gato" Gómez -un riocuartense que supervisaba la tortura de sus coterráneos en el campo de concentración que funcionaba en el Cabildo de Córdoba- tocó a su puerta. Una disputa de "jurisdicción" con el Grupo de Defensa Antiaérea

(GADA) los obligó a "blanquearlo" y por esa sencilla razón hoy no integra la lista de desaparecidos.

A Gutiérrez se lo llevaron el 23 de julio de 1977, lo torturaron varios días en la Unidad Regional Nº 9 de Río Cuarto y lo trasladaron al campo de concentración La Rivera. El 3 de agosto, mientras él estaba en el infierno, su mujer parió en soledad a los mellizos.

Pasó el tiempo. Gutiérrez estuvo preso en la cárcel de Río Cuarto y luego en la de Córdoba, donde fue sometido a un Consejo de Guerra que lo condenó a 15 años de prisión. El 27 de octubre de 1978, día de su cumpleaños, lo trasladaron a La Plata junto a un centenar de presos. Entre ellos estaba el poeta riocuartense Alberto Pinto, quien sufrió un ataque de epilepsia. En vez de ayudarlo, los militares lo molieron a golpes (ver página 14). Gutiérrez recuperó la libertad en 1982. Tenía 28 años y había pasado los últimos cinco en prisión. Estuvo un tiempo alejado de la política, manejando el camión de su padre, reencontrándose con una realidad que había perdido entre los muros de la prisión. Aprendió poco a poco a superar el miedo, ese sentimiento de terror que lo acompañó durante cinco años y que lo mantuvo siempre alerta para que las violentas requisas de los guardias no lo encontraran dormido o un botón descosido sirviera de excusa para matarlo, como le sucedió a Pinto. "Vivía con miedo, pero no era un miedo paralizante, porque eso en la cárcel puede ser fatal", recuerda.

EL DOLOR DE LA AUSENCIA

Clarisa Duarte creció sin su padre. Y fue criada por su abuela. Su madre, Susana, padece un cuadro de paranoia que nunca terminó de superar. Durante los primeros cinco años de la dictadura militar, estuvo encerrada en la casa de su madre. Temía que de un momento a otro los militares irrumpieran para llevársela, como habían hecho con su marido. Clarisa creció con el dolor de no poder disfrutar de su madre. La veía caminando de rodillas para pedirle a Dios que le devolvieran a su marido. O escondida en el ropero a la espera de que llegaran los militares. Su madre nunca la acompañó al colegio. Y afuera le hicieron sentir que era diferente, que era hija de un desaparecido. En el certificado del Jardín de Infantes, la directora escribió que su padre estaba "prófugo". Así de brutal fue la complicidad de importantes sectores de la sociedad civil con los militares golpistas. Clarisa ha ido reconstruyendo como pudo la historia de su padre, consciente de que es parte de su propia historia. De una historia que le arrancaron cuando era a penas una beba. Su madre, Susana, tiene hoy un doble dolor: el del secuestro de su marido, de su entrañable "Pecos"; y el de ver que su hija ya es toda una mujer y ella perdió la oportunidad de verla crecer, de llevarla al colegio, de jugar con ella en el jardín de la casa. Susana sueña ahora con poder malcriar a sus nietos, con entregarles ese amor que no pudo darle a su marido desaparecido y que tampoco pudo brindarle a su hija Clarisa, que a su vez se lamenta porque la vida no le dio hermanos.

"Yo te puedo contar de mi papá lo que me han dicho", dice Clarisa mientras despliega sobre la mesa sus pequeños tesoros: la única foto en la que está con su papá, los afiches de un homenaje que le hicieron a "Pecos" en la Universidad Nacional de Río Cuarto, el surrealista certificado del jardín de infantes que define a su padre como un "prófugo". Y los documentos de su padre. "Mi papá estaba en Montoneros y se manejaba con documentos falsos", explica.

"Yo sabía que mi mamá estaba en mi casa, pero no se lo podía decir a nadie. Y tampoco podía contar que la veía encorvada y con la boca pastosa", recuerda Clarisa. En el barrio había chicos que tenían prohibido juntarse con ella "porque era hija de guerrilleros". Creció con ese estigma: hija del "prófugo", con su madre escondida en el ropero y discriminada por sus vecinos. Ya en democracia, tampoco le resultaba sencillo contestar a la pregunta de las maestras: ¿Qué hace tu papá? "Mi papá está desaparecido". El silencio de maestras y alumnos seguía siempre a su inocente respuesta.

Clarisa vive con su marido en barrio Bimaco. Se conocieron cuando tenía 16 años y desde entonces siempre estuvieron juntos. Pusieron una panadería: "Pecos", en homenaje a su padre. Después la vendieron y pudieron comprarse la casa propia. "No tener padre y no tener hermanos es un poco duro. Pero mi papá se jugó por sus ideales y estoy muy orgulloso de él", dice Clarisa, a quien todavía se le quiebra la voz y se le aflojan las lágrimas cuando habla de una historia que, treinta años atrás, marcaría para siempre su destino.

Hernán Vaca Narvaja

Carta Abierta a La Gringa Berta Perassi

Querida Berta:

Desde hace tiempo siento una inmensa necesidad de escribirte y de contarte todo lo que he vivido sin vos a lo largo de tantos años.

En la ciudad de Río Cuarto corría el año 1973, la universidad era muy joven y los aires de revolución nos envolvían, nos cautivaban. Los dos estudiábamos y comenzamos la militancia política en la agrupación estudiantil AUBA (agrupación universitaria de base) del Peronismo de Base.

Cuando te conocí me gustaste enseguida, no sólo como compañera de militancia sino también como mujer. Recuerdo todavía tu cabello rubio y tus jeans gastados que te daban un aire de rebeldía. Nuestra relación no fue muy larga pero sí muy intensa, tan intensa como aquella época de la historia.

Vos siempre fuiste más decidida que yo, querías que no hubiera más injusticias, querías que el mundo fuera mejor... rápidamente te fuiste a trabajar a los barrios de la periferia, les enseñabas a leer y a escribir a los trabajadores, a esos que firmaban los contratos laborales con la huella digital del dedo pulgar y no sabían lo que decía más arriba, les enseñaste a respetarse a sí mismos, a ser más libres para luchar por sus derechos. Fue allí en el barrio El Acordeón de Banda Norte de Río Cuarto que una patota parapolicial vino a quemarte con colillas de cigarrillos y a amenazarte de muerte. Ya eras una "subversiva". Allí empezó otra vida para vos... ante la amenaza de muerte no quedaba espacio para Berta en Río Cuarto...

Sentí en ese momento impotencia y deseos de protegerte, te acompañé a la casa de tu vieja, en Moldes, y me quedé dos días con vos pensando qué hacer, cómo continuar, cómo vivir con la pesadilla de la amenaza permanente...

Finalmente tomaste la decisión de irte a Córdoba... fue a mediados del año 74, ya la derecha había comenzado su trabajo de sapa contra los militantes populares... Ya en Córdoba empezaste de nuevo a discutir, a reflexionar, a pensar ¿qué hacer? El Peronismo de Base de Córdoba estaba en crisis, no te convenció esa opción, pero querías continuar luchando contra la explotación de los trabajadores, contra la falta de derechos sociales. Buscaste trabajo y lo conseguiste como obrera en la fábrica de galletitas Lia, querías vivir con los obreros y obreras, querías ser parte de sus luchas... así fue que te contactaste con compañeros del Partido Revolucionario de los Trabajadores, y pocos meses antes del golpe de estado te incorporaste a su frente sindical...

Eran tiempos difíciles, cada vez había más represión...

En el año 75 el ambiente se hacía irrespirable en Río Cuarto, habían allanado mi casa, continuaban las amenazas de muerte hacia los militantes populares... Yo también me fui a

Córdoba en parte porque quería estar cerca de vos..., amor de juventud... nos vimos, salimos juntos un par de meses... pero después nos alejamos, todo en tu vida era muy intenso, tu militancia era de tiempo completo, verse mucho era peligroso...

Con el tiempo supe que tenías otro compañero, me puse muy triste, me amargué pero finalmente terminé aceptándolo. Te veía muy de vez en cuando, me gustaba verte, tenías mucha fuerza y te costaba aceptar que yo no militara todavía, vos siempre fuiste más decidida...

Así llegó el golpe y la represión se agravó notablemente, los secuestros de compañeros eran cada vez más numerosos...

El 27 de mayo del 1976 me secuestraron a mí, me llevaron a la D2, División Inteligencia de la Provincia de Córdoba, y me torturaron. El torturador principal allí era el Gato Gómez, que también era originario de Río Cuarto... ya te voy a contar más cosas de él... No sabían nada de mí así que no me resultó muy difícil resistir a la tortura, negar que conocía militantes en Córdoba... Ahí, Berta empecé a "olvidarte", a borrar de mi vida, ¿sabés?, conocerte era peligroso para vos y para mí, era mejor para los dos que te borrara de mi vida...

Me llevaron a Río Cuarto, siguieron torturándome y me dejaron solo en una celda durante 71 días... Mucho después supe que mientras yo estaba en esa celda aislado del mundo a vos te secuestraba una patota del Ejército, fue el primero de julio de 1976, todavía no sabemos cómo te detuvieron... Pero si sabemos que te llevaron a La Perla, monstruoso campo de concentración, que allí te torturaron salvajemente, que te picanearon horriblemente, que uno de tus torturadores fue Luís Manzanelli que te dejó los ojos morados de las trompadas que te dio... cobarde, un tipo inmundo ... lo que si sabemos es que resististe, que no cantaste a nadie, que los represores del Tercer Cuerpo de Ejército con Menéndez a la cabeza te catalogaron de "irrecuperable" y que a los 20 días te "trasladaron", seguramente te fusilaron, como hicieron con tantos compañeros, cobardemente, encapuchada y con las manos atadas, por el solo "error" de haber luchado junto al pueblo cordobés, por ser activista sindical, por querer hacer la revolución para acabar con la explotación de los obreros, por querer una sociedad más justa... tenías 23 años llenos de vida e ilusión...

Yo tuve más suerte que vos, estuve preso tres años y dos meses, fue muy duro pero logré resistir a la política de destrucción que aplicaban los genocidas que te habían matado. En el camino perdí muchos otros compañeros, a 29 de ellos los mataron cobardemente en la cárcel de Córdoba, a Alberto Pinto, que militaba con nosotros en el Peronismo de Base de Río Cuarto, lo mataron salvajemente en la cárcel de La Plata, a trompadas y patadas... ¿te acordás que era epiléptico y que el estado avanzado de su enfermedad le impedía coordinar bien los movimientos? Bueno, estos salvajes no tuvieron ningún reparo en darle terribles palizas hasta que las lesiones le provocaron la muerte en una lenta agonía...

Te decía que yo te había borrado de mi vida... a los dos años de estar preso me sacaron de vuelta a torturarme, de nuevo el gato Gómez, de nuevo la mojarra hasta que tragaba tanta agua que parecía que me moría... En una de esas sesiones el Gato me habló de vos... me dijo que vos eras mi novia... y yo te volví a olvidar, negué que hubieras sido mi novia, disculpame, fue un acto de autodefensa, estoy seguro de que me vas a comprender, en realidad nunca te he olvidado y no te olvidaré jamás... pero ante ese salvaje no me convenía reconocer que te conocía... sabés, eso me ha perseguido toda la vida... en realidad hice lo mismo que vos, que también me "olvidaste" cuando te secuestraron, cuando te torturaron salvajemente, ahora sé que si les hubieras hablado de mí hoy no podría escribirte... me hubieran sacado de la celda y me hubieran llevado a La Perla...

¿sabés que me salvaste la vida?

Finalmente salí en libertad en julio del 79, con miedo, ya que los militares seguían secuestrando a los militantes populares. ¿Te enteraste de que hay 30.000 detenidos desaparecidos como vos? Estos genocidas destruyeron toda una generación, la nuestra, la que luchó por un mundo mejor, los mejores como vos ya no están, ha sido terrible Berta, no te imaginás el desastre que hicieron. ¿Sabés que si hubieras estado embarazada te hubieran guardado en vida para robarte el bebé? ¿Sabés que así se robaron a 500 niños y mataron a 500 madres? Y todo esto Berta, lo hicieron con apoyo yanqui y de los grandes monopolios internacionales, los directivos de esas empresas entregaban listas de los delegados sindicales, como vos...

Te cuento que no sólo nos derrotaron masacrando a muchísimos luchadores populares, sino que después, en parte por la lucha de los familiares de los desaparecidos y la solidaridad internacional, y en parte porque los militares perdieron cobardemente la guerra de las Malvinas, tuvieron que dejar el poder, perdón, el Gobierno... y aunque se juzgó a la cúpula militar, rápidamente decretaron las leyes del olvido, implantando la más monstruosa de las impunidades... además los militares y todos los gobiernos posteriores entregaron el país, lo vendieron, lo regalaron a las multinacionales... y lo pudieron hacer más fácilmente porque vos no estabas...

Ahora hay mucha más pobreza y miseria que cuando vos estabas...

Recién ahora se ha abierto un espacio para reclamar justicia, para que tus asesinos vayan presos por los crímenes aberrantes que han hecho... eso me ha hecho revivir Berta, el año pasado denuncié el asesinato de Alberto y este año estoy tratando de recuperar tu historia... Te cuento que hablé con tu hermano, que fue muy triste porque ellos te esperan, ¿Sabés Berta? es muy duro saber que no estás pero al mismo tiempo no saber donde han escondido tu cuerpo... A veces dan ganas de pensar que vas a aparecer... tu hermano nos va a dar una foto tuya, y entre todos los compañeros de militancia que hemos quedado vivos vamos a reconstruir tu historia, para que nadie te olvide, para que no desaparezcas como ellos quisieron... ¿Sabés que hasta robaron tu legajo de la Universidad de Río Cuarto? Realmente se ensañaron con vos...

En todos estos años, muchas veces soñé despierto que te encontraba, te veía en la calle en el rostro de alguna chica y, aunque yo sé que estos hijos de puta te mataron, siempre tengo tu imagen presente, tu sonrisa, tus ojos lindos, tu alegría...

Ahora te digo simplemente, ¡hasta la victoria siempre, compañera Berta!

David Andenmatten
Ginebra, 1 de enero del 2006

El martirio de Alberto Pinto

Por Pablo Callejón (*)

Bajo un diluvio invernal y después de haber declarado durante 4 horas en el Juzgado Federal Número 1 de La Plata, el pasado 23 de agosto el dirigente justicialista Carlos Gutiérrez recorrió las diagonales numeradas de la capital bonaerense para reencontrarse con el horror ocurrido en el Penal 9 del Servicio Penitenciario.

La mole ovalada, rodeada de una madeja de alambres que apuntan amenazantes al cielo, fue el escenario de palizas y maltratos psicológicos a los que sometieron a cuatro riocuartenses durante la última dictadura militar.

Gutiérrez dio su testimonio en el marco de la investigación impulsada por el juez federal Manuel Blanco, en la que se intenta dilucidar quienes fueron los autores de las torturas y asesinato del poeta, docente de filosofía y militante del extinto Peronismo de Base, Alberto Pinto.

"Los asesinos de Alberto gozaron durante 28 años de una libertad que no merecen", reflexionó Gutiérrez frente a la unidad penitenciaria, a la que nunca le había visto la fachada de ingreso.

El profesor riocuartense fue desaparecido el 21 de abril de 1977 por efectivos de la Unidad Departamental de Policía y 3 meses después quedó a disposición del Poder Ejecutivo. A principios de 1978 fue derivado al penal de San Martín de Córdoba y el 27 de octubre de ese año lo trasladaron, junto a otros 92 detenidos, al Penal 9 de La Plata. Durante el trayecto en el avión Hércules de la Fuerza Aérea resultó brutalmente golpeado hasta desfallecer mientras soportaba uno de sus recurrentes ataques de epilepsia que lo afectaban desde la adolescencia.

En la cárcel bonaerense, Pinto fue derivado al sector de "Los Chanchos", el pabellón utilizado para las golpizas sistemáticas de los detenidos. Poco antes de la Navidad de 1978 llegó moribundo al Hospital carcelario con severas lesiones intestinales y pulmonares. Tras una intervención quirúrgica y varios meses de agonía, el poeta riocuartense falleció el 5 de marzo de 1979.

La investigación por el asesinato de Pinto formó parte del histórico Juicio por la Verdad, iniciado en 1998, y tras la derogación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, aguarda la imputación y sentencia para los autores y encubridores de los crímenes de al menos nueve internos del Penal.

Además del concejal justicialista Carlos Gutiérrez, declararon en la causa por la muerte del docente universitario los otros tres riocuartenses que acompañaron a Pinto en su macabra estadía en la cárcel bonaerense: David Andematten, Hugo Ortiz y Carlos Bettiol. Actualmente hay 20 ex efectivos del Servicio Penitenciario Bonaerense acusados, entre ellos el Jefe del Penal durante la dictadura, David Dupuy, y el agente carcelario y ex funcionario del Gobernador Felipe Solá, Raúl Fernández.

(*) Periodista de Canal 13